

LA DIMENSIÓN MORAL EN EL DESARROLLO SEGÚN LA ÓPTICA COGNITIVO-CONSTRUCTIVISTA Y EVOLUTIVA: UN MODELO DE TRES EJES

MORAL DIMENSION IN THE DEVELOPMENT ACCORDING TO THE CONSTRUCTIVIST AND DEVELOPMENTAL COGNITIVE PERSPECTIVE: A THREE-AXES MODEL

Furio Lambruschi

Psicólogo, Psicoterapeuta, Director SBPC Scuola Bolognese de Psicoterapia Cognitiva,
Centro de Terapia Cognitiva Forlì, Italia

Cómo referenciar este artículo/How to reference this article:

Lambruschi, F. (2019). La dimensión moral en el desarrollo según la óptica cognitivo-constructivista y evolutiva: Un modelo de tres ejes. *Revista de Psicoterapia*, 30(113), 51-72. <https://doi.org/10.33898/rdp.v30i113.303>

Resumen

El artículo propone un modelo de tres ejes del funcionamiento humano de tipo cognitivo-constructivista y evolutivo sobre cuya base trata de describir como la dimensión moral (tanto en sus implicaciones "normales" como psicopatológicas) encuentra sus raíces subjetivas en la configuración de identidad del individuo, es decir en su sistema organizado de significados personales, tal como se ha ido plasmando en el seno de los vínculos primarios de apego.

Palabras clave: *Desarrollo moral, perspectiva post-racionalista, perspectiva cognitivo-evolucionista, modelo de dinámica maduracional, sistema motivacional interpersonal, metacognición.*

Abstract

The article proposes a three-axes model of human functioning, based on a constructivistic and developmental cognitive perspective and, on this bases, it tries to connect the subjective roots of moral dimension (both in its "normal" and psychopathological implications) to the individual identity structures, that is, to the organized personal meanings system, shaped within the primary attachment bonds.

Keywords: *Moral development, post-rationalist perspective, cognitive-evolutionist perspective, dynamic maturational model, interpersonal motivational system, metacognition.*



Introducción

Este artículo propone una lectura del desarrollo y del funcionamiento moral, sobre la base de una perspectiva conceptual de tipo cognitivo-constructivista y evolutivo, y trata de describir cómo la dimensión axiológica y moral, tanto en sus implicaciones “normales” como psicopatológicas, puede encontrar su alimento y sus raíces subjetivas en la configuración de identidad del individuo, es decir en su sistema organizado de significados personales, tal como se ha ido plasmando en el interior de su específico itinerario evolutivo.

Vittorio Guidano y Giovanni Liotti, en su ya mítico escrito del 1983, *Cognitive Processes and Emotional Disorders*, abrieron el campo a una nueva perspectiva psicopatológica y terapéutica de tipo cognitivista, centrada en tres elementos fundamentales:

a) una visión estructuralista del funcionamiento humano, no focalizada sobre creencias particulares disfuncionales sino sobre la más amplia *organización del conocimiento*, resaltando dentro de este marco el sentido, el valor funcional (podríamos decir “identitario”) del síntoma;

b) una profunda atención a los *procesos de desarrollo* en cuyo seno se forma este sistema cognoscitivo, integrando de manera original y coherente la teoría del apego dentro del modelo clínico cognitivista de base;

c) y, finalmente, una concepción *relacional*, interpersonal del funcionamiento humano que, siguiendo la lección bowlbiana, ve la representación de sí mismo, como inevitablemente conectada con la representación del otro y busca la salud y la patología psíquica en las vicisitudes de los lazos afectivos a través de todo el arco vital.

Las trayectorias teóricas y de investigación posteriores de estos dos geniales pensadores clínicos, se han ido explícitamente diferenciándose, a lo largo del tiempo. Por un lado, hacia un enfoque *post-racionalista*, orientado a una concepción del *Self* como proceso autorreferencial, donde la investigación sobre la construcción de la identidad personal y los procesos psicopatológicos se entiende primariamente como ciencia del significado personal (Arciero, 2002, 2006; Arciero y Bondolfi, 2009; Guidano, 1987, 1991; Nardi, 2007, 2013, 2017; Reda, 1986). Por la otra parte, un importante filón de investigación *cognitivo-evolucionista* (Liotti, 1994, 2001; Liotti y Farina, 2011; Liotti y Monticelli, 2008, 2014), fuertemente anclado en el enfoque etológico y evolucionista en el que el análisis de los diversos sistemas motivacionales interpersonales humanos se convierte en central para la comprensión de la psicopatología.

La posición del autor de estas líneas se ha orientado siempre, en realidad, a explorar las amplias posibilidades de integración existentes entre ambas perspectivas (Lambruschi, 1996; Lambruschi y Lenzi, 2014; Lambruschi y Muratori, 2013) hasta llegar a la definición de un modelo integrador *de tres ejes* (Lambruschi, 2018) suficientemente complejo y respetuoso con la actual investigación en el ámbito de la psicopatología del desarrollo, capaz de dar cuenta de las relaciones entre configuraciones de apego, desarrollo y organización del *self* y de sus posibles

derivaciones psicopatológicas correspondientes. Entre otras cosas, el modelo integra el interesante trabajo de revisión efectuado por Nardi (2007, 2013, 2017) sobre las organizaciones de significado personal que, además de subrayar el valor adaptativo, relativo a su específico contexto de aprendizaje, también ha propuesto coherentemente una redefinición desvinculada de las salidas psicopatológicas más comunes que la caracterizan: *Desapegada* (para la organización de tipo “depresivo”), *Controladora* (para las de tipo “fóbico”), *Normativa* (per las de tipo “obsesivo”) y *Contextualizada* (para las de tipo *Dápico* “trastornos alimentarios psicógenos”).

El eje primario de la reciprocidad física

Los modelos de apego primarios son descripciones de configuraciones interpersonales que, como sabemos, pueden caracterizar las más variadas estructuraciones personológicas y cuadros psicopatológicos, a través de las particulares modalidades de regulación/desregulación emocional y comportamental que determinan.

De hecho, nos dicen:

a) cómo un individuo ha aprendido a *regular los propios estados emocionales* en su contexto primario de aprendizaje, a lo largo de un *continuum* que va del estilo más desactivante (en los modelos de apego de tipo evitativo) hasta el más marcadamente hiperactivante (en los modelos de tipo ansioso-resistente);

b) cómo sus figuras de apego le han enseñado a *usar la mente*, es decir sobre el plano procesual, a qué fuentes de informaciones (*cognitiva/emotiva*) y sistemas de memoria dar importancia en el leerse a sí mismo y la realidad (preferentemente imágenes sensoriales y lenguaje connotativo o bien principalmente memorias de

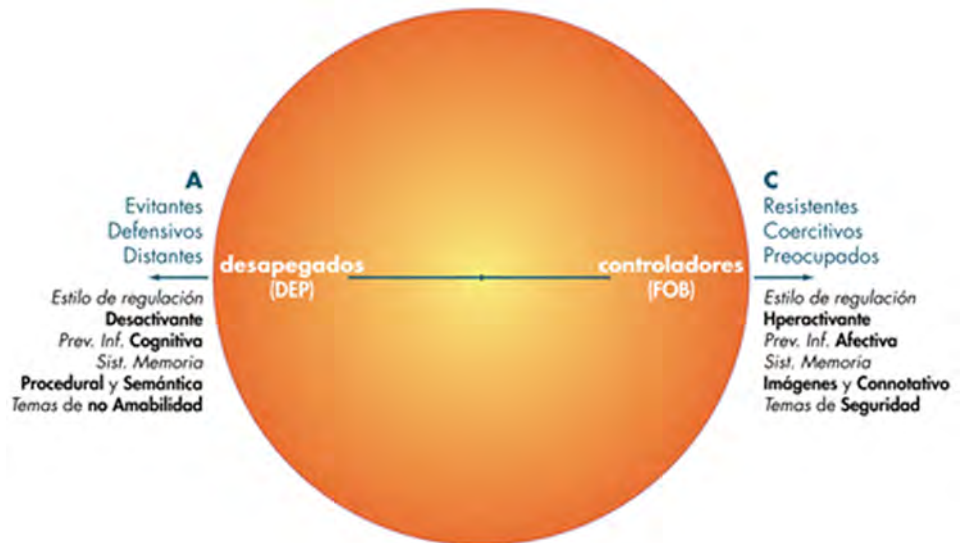


Figura 1. Eje evolutivo primario de reciprocidad física.

tipo procedural y semántico) (Crittenden, 2008; Crittenden y Landini, 2011).

Este eje fundamental de la *reciprocidad física* (figura 1) expresa la llamada función *afectiva* y primaria de la crianza, conectada a las competencias básicas de *sensibilidad* y *capacidad de respuesta* expresadas por la figura de apego (mantenerse en el plano afectivo/emotivo del progenitor en respuesta a las señales y demandas del niño) y pone las bases para la estructuración del sentido de sí mismo en términos de *amabilidad/no amabilidad* y *seguridad/inseguridad* en las relaciones. Aquí se configuran los programas fundamentales para el mantenimiento del estado de relación con el otro, bajo forma de esquemas interpersonales sensorio-motrices primarios (*Implicit relational knowing*, Lyons-Ruth, 1998). Como se sabe, lo que caracteriza, a pesar de la variabilidad de las formas expresivas, el estado mental y el comportamiento parental, es:

a) en un polo, la constancia en la ausencia de respuesta afectiva (un déficit estable en los registros afectivos), en algunos casos con evidente dejación (madres con estilos retirado y depresivo), en otros casos con fría intrusividad y/o hostilidad y en consecuencia con resultados evolutivos muy diversos en edad preescolar, escolar y adolescente (Crittenden, 2008), lo que dispone en cualquier caso a un estilo regulador *desactivante*;

b) en el otro, una mayor o menor discontinuidad, imprevisibilidad en su comportamiento de cuidado, que predispone por el contrario a un estilo regulador hiperactivante y a una estructuración de modelos relacionales de tipo controlador, en la idea de no tener que “perder de vista” el inestable estado mental parental y tener que garantizar previsibilidad, visibilidad y control de la relación. En medio, obviamente, está la posibilidad de experimentar tanto seguridad (previsibilidad) como amabilidad (proximidad afectiva), de regular de manera relativamente equilibrada los propios estados internos y los propios comportamientos e integrar de manera armónica la información cognitiva y afectiva y, en consecuencia, los varios sistemas de memoria que van estructurándose gradualmente¹

A partir de estos vínculos primarios, se pueden ya razonablemente configurar dos distintas polaridades organizadoras del *self*: las organizaciones de significado de tipo *Desapegado* y de tipo *Controlador*. Estas se han definido como organizaciones *inward*, en las que se va gradualmente estableciendo una focalización interna (“soy lo que siento que soy”). Llevan a organizar el comportamiento sobre la percepción de en qué medida nos sentimos protegidos o solos, a través por tanto de los *estados internos* de bienestar/seguridad o viceversa de malestar/miedo. Son nuestras primeras orientaciones perceptivo-motrices para la seguridad y la supervivencia, los primeros vínculos organizadores que van estructurándose no solo sobre el plano *onto*, sino presumiblemente también sobre el *filogenético* (Nardi, 2007, 2013).

El eje secundario de la reciprocidad semántica

La otra función importante de la *crianza*, estrechamente vinculada con la primera, es la llamada *educativa*, orientada a la definición de los límites, a la adhesión a las reglas morales, sociales, de guía en las estrategias de socialización y de afiliación al grupo y al contexto cultural y social de pertenencia.

La figura de apego, obviamente, ya desde la primera infancia introduce estructuración y límites mientras responde a las señales de confort del hijo, sin embargo esta función permanece como fondo más o menos hasta la transición neurológica de la edad preescolar, con el desarrollo de las correspondientes competencias cognitivas y sociales, para manifestarse después, de forma cada vez más marcada, en la primera edad escolar y en la adolescencia. Villegas (2011, 2013, 2015) propone profundizar en la descripción del desarrollo de tal función, entre *Physis* (natura) y *Nomos* (regla, norma, ley) (figura 2), que prevé una integración gradual de diversos subsistemas de regulación moral desde la primera infancia hasta la consecución de la plena regulación autónoma en el adulto: fase *Prenómica* (regulación basada sobre las necesidades), *Anómica* (basada sobre los deseos), *Heteronómica* (basada sobre las normas), *Socionómica* (basada sobre las relaciones interpersonales), *Autónoma* (con la construcción de un criterio moral personal capaz de integrar armónicamente criterios egocentros y alocentros).

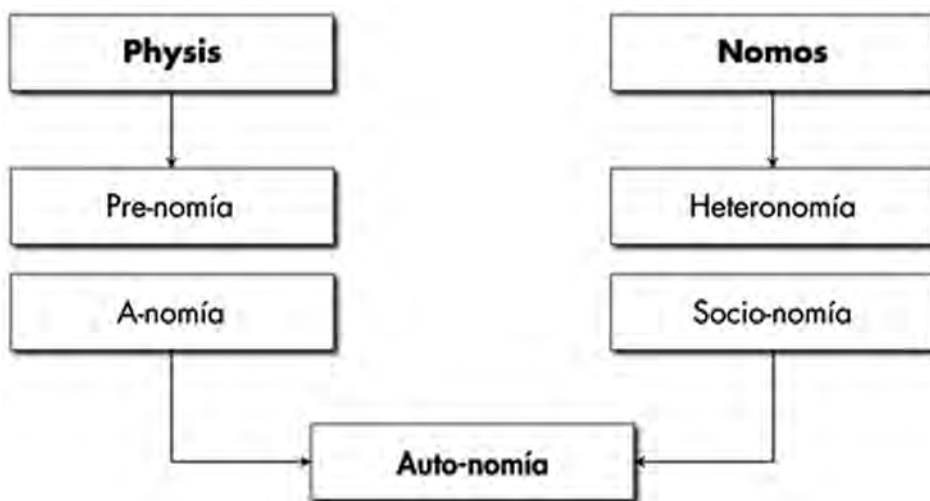


Figura 2. La regulación moral entre *Physis* y *Nomos* (Villegas, 2015).

En este punto, los esquemas interpersonales interiorizados durante la actuación del sistema motivacional primario del apego (central en el curso de la primerísima infancia, en que la condición de vulnerabilidad del niño se halla en su estado máximo) se van integrando gradualmente, de manera más o menos armónica o distorsionada, con los adquiridos bajo la actuación de los otros sistemas motivacionales interpersonales (el agonista, a partir de la típica “fase del No”, el de

Este eje termina por caracterizar el nivel de *rigidez/laxitud* estructural del *self*, es decir en qué medida los constructos del sistema cognoscitivo elaboran de forma “estricta”, o sea con una fuerte interdependencia recíproca (se puede ser solo rígidamente de una manera, con escasas articulaciones y posibilidad de diferenciación); o, viceversa, con escasas o vagas correlaciones entre ellas (se puede ser de una manera, pero también de la otra, y aún de muchas otras), hasta el punto de derivar en vaguedad o casi “liquidez” en el plano estructural, con crecientes dificultades en llegar a una definición clara y unívoca de sí mismo. En medio, obviamente, está la *flexibilidad*, con perfiles suficientemente definidos pero también con la posibilidad de acceder a representaciones alternativas o más articuladas del *self*.

En un extremo de este eje, podemos colocar las organizaciones de significado de tipo *Normativo* en referencia a valores morales rígidos, con el desarrollo de esquemas interpersonales nucleares impregnados de un fuerte sentido de responsabilidad personal. En el extremo opuesto, las estructuraciones del *self* de tipo *Contextualizado*, en referencia a reglas sociales variables en función de la situación y del contexto, llevan al desarrollo de un sentido de sí vago e indefinido, constantemente dependiente del “pensamiento fuerte” externo.

En estos marcos organizadores secundarios prevalece una focalización desde el exterior, *outward* (“soy lo que los otros me hacen entender que soy”) y se asimila la experiencia para obtener informaciones sobre sí mismo a partir de los criterios morales a que se adhiere o de las demandas percibidas, provenientes de las figuras significativas del propio ambiente. La cualidad de la experiencia de relación con nuestras figuras de apego y las prioridades emocionales presentes en su estado mental nos llevan a resaltar un eje u otro en la organización de nuestra percepción de nosotros mismos y del mundo y de nuestra identidad, privilegiando, por tanto, un funcionamiento en que resulta más importante para nuestra adaptación orientar el comportamiento sobre la base de las señales internas de seguridad o de peligro; o bien un funcionamiento en que, al ordenar nuestra experiencia, se afina principalmente la habilidad de prestar atención a los mensajes externos, anticipando los juicios y opiniones de los demás para gestionar el consenso social o adherir a reglas y valores morales.

El equilibrio/desequilibrio entre los dos ejes

Mientras el primer eje, coincide de alguna manera con lo que Villegas (2015) define como *Physis* (el área de la Prenomía y de la Anomía), el segundo eje coincide en cambio con el *Nomos* (el área de la Heteronomía y de la Socionomía). La buena integración entre estos elementos, en un sano equilibrio entre las necesidades propias y las de los demás, lleva a la *Autonomía*.

Una observación, en mi opinión, importante: en la realidad evolutiva, estas fases (*Physis* y *Nomos*) no pueden distinguirse de manera tan neta, porque ya en la primera infancia y en la edad preescolar empiezan a tomar forma tanto las instancias

heteronómicas como *socionómicas*. Elliot Turiel (1983), del grupo de investigación de Kohlberg, subrayaba que ya a partir de los 39 meses se diferenciaban dos respectivos dominios (ámbitos): las *convenciones sociales* y los *imperativos morales*. Las acciones en el ámbito de la moralidad presentan efectos intrínsecos más marcados, mientras que las acciones que se refieren a la esfera social no tienen efectos intrínsecos interpersonales y es por esto que transgredir las convenciones generalmente se considera menos grave que desobedecer las normas morales universalmente reconocidas. Pero, como se sabe, en algunos sistemas familiares llegan a ser más importantes en términos de identidad las formas (las apariencias, lo que los otros saben que he hecho o piensan que soy) que no la sustancia (lo que he hecho o soy realmente). Por ejemplo: “sabemos que no hay que comer con las manos, pero lo importante es que no te vean en público, porque haces quedar mal a mamá; en el restaurante no se transige, en casa no importa”. En otros términos, lo que se convierte en moralmente adecuado es lo que funciona en términos de coherencia, centralidad y estabilidad identitaria.

O bien, para algunos niños, aunque de forma extrema, podría resultar esencial ya a los dos años y medio de edad corresponder sistemáticamente a las expectativas de la propia madre (y convertirse por tanto en un “buen chico”), los que en el modelo dinámico madurativo del apego de Patricia Crittenden (2008) se definen como patrón *compulsivamente complacientes* (A4). Para otros puede resultar importante cuidarla amorosamente para tener con ella un estado mínimo de relación: estos se definen como patrón *compulsivamente cuidadosos* (A3). Estos son niños, cuyo contexto afectivo primario ha forzado a descentrarse resaltando precozmente el punto de vista parental, ya a los 4/5 años, muestran sobre el plano relacional y moral un exceso de criterios *alocentrados* respecto a los *egocentrados*.

Por tanto, en términos de *buena adaptación y salud psíquica*, es evidente la importancia del equilibrio integrativo entre las dos dimensiones relacionales y evolutivas, que se concreta en el concepto de *disciplina sensible* (Juffer, Bakermans-Kranenburg y van Ijzendoorn, 2008, 2014), en que el empujoncito del padre hacia la adhesión a los valores morales o sociales *no es vista por el niño como amenazadora del mantenimiento del estado de relación afectivo*. Sobre esta base, algunos interesantes estudios muestran cómo es posible prever ya hacia los dos años de edad el posible desarrollo posterior de un trastorno de la conducta, observando el modo en que el cuidador está en condición de tratar (de manera “sensible” o “dura”) las manifestaciones fisiológicas opositivas típicas de la edad (Kochanska y Kim, 2012). Poner límites y reglas morales y sociales implica, inevitablemente, *cargar* el estado de relación con el propio hijo con la activación de sentimientos de frustración, vergüenza, miedo, malestar, tristeza. Caso de que la relación se connote en términos de relativa seguridad, las estructuras representativas de sí mismo y del otro, suficientemente positivas y cohesivas, ya interiorizadas por el niño, junto a la cualidad positiva perdurable del vínculo de apego, permiten reconocer e integrar tales estados emocionales de manera no amenazadora y destructiva.

El cuidador deberá ser capaz de empatizar con tales estados internos secundarios del niño, ayudándole a tolerarlos, a regularlos y a “resolverlos” adecuadamente, en la confianza y garantía recíproca de que este conflicto momentáneo no constituye una amenaza irreparable al mantenimiento del estado de la relación. Dentro de un vínculo connotado de buenos niveles de sensibilidad y capacidad de respuesta del cuidador, el niño se dará cuenta que las emociones de miedo, tristeza, frustración o vergüenza (adaptativas por sí mismas desde el punto de vista evolucionista), no corren peligro de transformarse en ansia y amenaza, sentido de desesperación, rabia desregulada o sentido intolerable de humillación. El no identificar el conflicto con el progenitor (la autoridad) como amenazador del estado de la relación, representa la base para una adecuada (y no solo teórica) interiorización de las reglas morales y sociales y de las estrategias más adecuadas de socialización. En los modelos de apego inseguro, al contrario, precisamente la rabia y el oposicionismo pueden llegar a ser paradójicamente la única modalidad de gestión activa y de regulación del estado de relación (Lambruschi y Muratori, 2013).

Por otro lado, la correlación entre modelos inseguros de apego y desarrollo de comportamientos opositivo-provocadores y agresivos en edad preescolar y escolar se halla ampliamente documentada (Fearon, Bakermans-Kranenburg, van Ijzendoorn, Lapsley e Roisman, 2010; Groh, Roisman, van Ijzendoorn, Bakermans-Kranenburg y Fearon, 2012). De modo parecido, Barone y Bacchini (2009) en su trabajo sobre las emociones en el desarrollo relacional y moral, ponen de manifiesto claramente el papel de la empatía en el desarrollo de los comportamientos prosociales y por tanto en el desarrollo moral y enfatizan la relación afectiva con los padres como fundamento para el desarrollo de la conciencia moral: una relación de apego mutuamente correspondida hace a los niños más receptivos a las iniciativas de socialización de los padres y suministra el sustrato de experiencias de comunalidad y de compartir con los demás.

La conceptualización presentada por Gianni Liotti y colaboradores (Liotti, 1994, 2001; Liotti y Farina 2011; Liotti y Monticelli, 2008, 2014) de la motivación humana en términos de Sistemas Motivacionales Innatos (SMI), puede ayudarnos a comprender mejor la relación entre natural/innato y cultura/aprendizaje sin colocar estas dimensiones, como suele suceder, en una relación antitética la una con la otra, con el riesgo de reproponer la dicotomía freudiana entre Principio de Placer (procesos primarios) y Principio de Realidad (procesos secundarios), según la cual el niño vendría a este mundo con una dotación solo instintiva (como ser polimorfo perverso), privado totalmente de una dimensión “ética” y solo posteriormente, se vería obligado a adaptarse al principio de realidad, a las reglas sociales y morales. La teoría del apego, y de modo más amplio la teoría de los SMI, nos ayuda en cambio a comprender que desde el principio existe una relación dinámica entre estas instancias. Los SMI, presentes desde el nacimiento, representan la *síntesis evolucionista de lo que está “bien”* para nosotros, para nuestra especie, en términos de regulación emocional y comportamental, en términos de adaptación, evitación

del conflicto destructivo, reproducción, etc. Por lo que, en realidad, no venimos al mundo como una *tabula rasa* respecto a la dimensión ética sino, podríamos decir, con un *bagaje ético sensorio-motor innato, ya evolucionistamente socializado y teleológico* (esto es *orientado a metas*, valores, fines, bastante importantes, aunque todavía no explícitos).

Desde una perspectiva evolutiva moderna, la fase primaria de desarrollo en la que prevalece la función afectiva de la crianza (en la que se activan, acoplándose estructuralmente, los SMI de apego del niño y de protección y cuidado del progenitor) no se debe entender de ningún modo como una fase de “anarquía” sobre el plano ético del niño. Más bien, el objetivo evolutivo, para ambos, en esta fase es el de la *regulación* de los estados de activación emocional (Hill, 2015) y de la consecución de una organización diádica (sensorio-motriz) suficientemente regulada y adaptada, que resulta extremadamente costosa para ambos porque implica ciclos continuos de búsqueda de sintonización, frecuentes rupturas fisiológicas, movimientos de reparación. El objetivo del sistema motivacional del apego en esta fase, llamada precisamente de *regulación fundamental* (0-3 meses), es el de facilitar al niño la construcción de un programa adecuado para el mantenimiento del estado de relación con el cuidador, con sus prioridades emocionales específicas. Lejos de una condición o de un hipotético principio del placer, en esta perspectiva evolutiva el niño debe trabajar bastante duro para alcanzar este objetivo.

De la misma manera, cuando empiezan a activarse los otros sistemas motivacionales, no se activa el placer agonista como deseo de abuso, o el placer sexual como impulso desregulado. Los SMI son ya *de por sí sistemas regulados*, valores innatos, cosas “buenas” que sentir y hacer, pre-disposiciones a percibir y a actuar de manera regulada la agresividad (canalizándola y regulándola en relaciones de rango definidas) o la sexualidad (con toda una serie de señales codificadas de disponibilidad para la cópula, el cortejo, etc).

Desde esta perspectiva, pues, el famoso *Error de Prometeo* evocado por Villegas (2011)² en el título de su libro, se vuelve tal vez un poco más perdonable, si nos lo imaginamos desde la comprensible y confiada expectativa de que el género humano tuviese que poseer estas dimensiones reguladoras “éticas”, en términos embrionarios, ya por naturaleza. Más bien, el problema (difícil de imaginar para Prometeo) es que para los humanos es fácil perderlas. Las relaciones afectivas inseguras pueden fácilmente complicar o destruir (ya en los primeros años de vida) aquel *saber ético implícito* que la evolución ha pacientemente construido a través de millones de años.

Naturalmente entre estos valores innatos (SMI) están las relaciones de supra-subordinación, con una decidida centralidad en las primeras fases del desarrollo del sistema de apego hacia los otros. Cuando las cosas van bien en el eje primario y se reestructuran modelos suficientemente seguros de apego, todo el pentagrama motivacional acaba funcionando de manera más armónica y con un equilibrio ético extraordinario. Usamos, por ejemplo, la competitividad de manera equilibrada,

conseguiamos descentrarnos y en consecuencia salir del egocentrismo cognitivo primario colaborando más fácilmente, porque descentrarnos y mirar las cosas desde el punto de vista del otro no es afectivamente peligroso, a saber no amenaza el mantenimiento del estado de la relación.

Por el contrario, como sucede en los patrones de apego definidos coercitivos (Crittenden, 2008), con un exceso de criterios *egocéntricos* respecto a los *alocéntricos*: en estos casos el niño siente que perseverar en su comportamiento tiránico (a pesar de todos los “efectos colaterales” y punitivos que conlleva) es el modo más eficaz para evitar que el otro, en su inestabilidad e imprevisibilidad, pueda olvidarse de él. No lo hace porque sea intrínsecamente “malo” o porque no haya interiorizado adecuadamente las reglas morales, sino para percibir un sentido mínimo de seguridad afectiva, de estabilidad en la relación y por tanto de consistencia identitaria.

Por tanto, podemos sostener que el equilibrio en el desarrollo de un adecuado sentido moral se halla estrechamente ligado al grado de seguridad percibida en los vínculos de apego, como contexto de transmisión del *Nomos* (figura 4). Cuando la regla se vehicula a través de vínculos afectivos suficientemente seguros, el niño la acepta e incorpora con mayor facilidad, y se convertirá con mayor probabilidad en un estímulo hacia la autonomía. Cuando, por el contrario, se encuentre en contextos de protección/cuidado afectivamente distanciados tenderá a provocar más probablemente en el niño una tendencia alocéntrica. Si en cambio, se desarrolla en contextos relacionales de tipo ansioso resistente, connotados por la imprevisibilidad y discontinuidad en la permanencia del cuidador, se inclinará más fácilmente hacia una regulación egocéntrica.

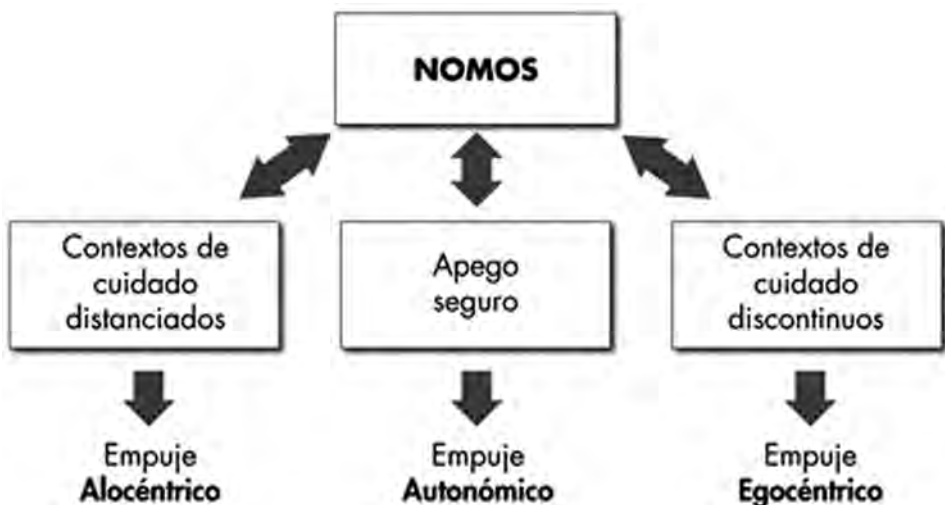


Figura 4. *Nomos* y contextos afectivos primarios.

Las posibles configuraciones identitarias

En la figura 5 se representa el espacio de las innumerables posibilidades organizadoras que derivan de la articulación evolutiva de dos ejes de reciprocidad (primario y secundario) y por tanto de aprendizaje familiar, con todas las posibles articulaciones internas a cualquier organización particular y con todas las posibles configuraciones organizadoras mixtas, sobre cada una de las cuales se podrían hacer interesantes razonamientos, tanto en términos clínicos como de declinación del sentido moral. Nos vamos a limitar aquí solo a algunas reflexiones a modo de ejemplo.

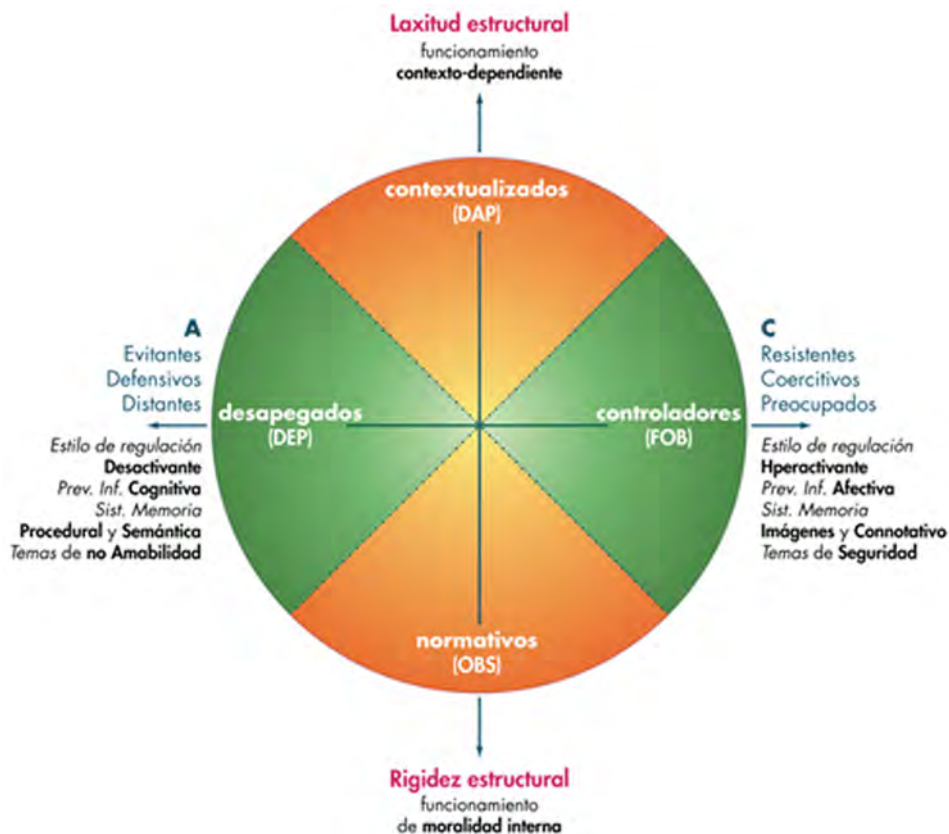


Figura 5. El espacio de las posibles organizaciones del self.

Una buena y equilibrada “regulación moral” del propio comportamiento se debe colocar obviamente en la parte central de nuestro modelo: el área caracterizada por una conducta adecuadamente regulada sobre el plano emocional y conductual; y bastante flexible, con perfiles suficientemente definidos del *self*, pero también con la posibilidad de acceder a representaciones alternativas o más articuladas de sí.

Si nos ponemos en el punto de vista de quien vive la experiencia, podemos hallar sobre cada punto del modelo una serie de diversas posibles elaboraciones subjetivas de la moral y de un sentido de sí en el mundo en términos éticos, donde cada organización específica identitaria asume de manera cada vez más polarizada una particular *configuración moral propia*. Resulta aquí evidente lo importante que es pasar de un enfoque *nomotético* de la moralidad, a una aproximación *idiográfica*, basada en *la unicidad de los significados personales* que cada uno de nosotros se atribuye a sí mismo y al mundo, en términos de “lo que es justo/bueno y lo que no lo es”.

Organizaciones de significado personal *outward* y moralidad

Obviamente, a las organizaciones de tipo *outward*, contextualizados y normativos, que se convierten en centrales en definir los perfiles identitarios del sujeto, las llamamos más explícitamente reglas morales, culturales, sociales. En particular, en el área *normativa*, podemos encontrar una *hipertrofia del sentido de responsabilidad moral*. Toda la vivencia subjetiva propia, desde la orientación perceptiva a los procesos inferenciales y evaluativos, hasta a las disposiciones neurofisiológicas y motrices, gira entorno a esta rígida configuración identitaria, con la posibilidad por tanto de experimentar profundos sentimientos de indignidad moral y desprecio hacia sí mismo, caso de percibir la invalidación de tales esquemas.

El dilema moral vivido por Victor Frankl (el fundador de la Logoterapia) presentado por Villegas (2015), pone de manifiesto este tipo de funcionamiento moral específico. A finales de 1941, Victor Frankl recibió un visado para emigrar a los Estados Unidos, lo que le permitía escapar del peligro de deportación o internamiento en un campo de concentración, dada su condición de judío, y le abría la posibilidad de desarrollar su modelo terapéutico en el país de acogida. El visado era estrictamente personal, lo cual impedía que ninguno de sus familiares pudiera viajar con él. Para salir de este angustioso dilema tenía necesidad de “una señal del cielo”.

Al llegar a casa de sus padres, después de una larga meditación en la Catedral de Viena, le llamó la atención un trozo de mármol blanco en el escritorio de su padre, que nunca antes había visto. En él se podía leer una inscripción referente al cuarto mandamiento de la ley mosaica, que reza así. “Honra a tu padre y tu madre para que tus días se prolonguen sobre la tierra”. Y así Frankl dejó que caducara el visado.

Toda la elaboración interior de Frankl remite claramente a significados personales del área normativa con una neta centralidad del sentimiento de responsabilidad moral y potenciales sentimientos activos de culpa de tipo deontológico. El futuro y su obra profesional más que en términos de satisfacciones personales se viven y se narran como deber ético y un bien para la sociedad. Del mismo modo, la posibilidad de dejar solos a los propios padres se muestra lacerante no ya en términos primariamente afectivos (como se podría esperar si prevaleciesen los temas organizativos y las emociones primarias relativas al primer eje), sino siempre

en términos de responsabilidad personal: “¿Tendría alguna responsabilidad en este caso?”. Su búsqueda de soluciones se produce a través de la meditación religiosa y la apelación a la ley divina. Como bien saben los clínicos expertos del área normativa, los pacientes obsesivos encuentran frecuentemente alivio (aunque solo temporal por desgracia) en sus rumiaciones y rituales si consiguen quitarse de encima la responsabilidad de las posibles consecuencias negativas que imaginan para los demás y para sí mismos. Esta es exactamente la piedra angular en el caso de Victor Frankl, perfectamente coherente con su organización identitaria: una solución que me libera de la responsabilidad de elección, pero que yo pueda sentir no superficial (como sería echar una moneda al aire), que pueda ser vista como una señal del cielo, una indicación divina.

Disponemos de interesantes datos de investigación (Doron y Kyrios, 2005; Doron, Moulding, Kyrios y Nedeljkovic, 2008; Doron, Moulding, Kyrios, Nedeljkovi y Mikulincer, 2009; Doron, Moulding, Nedeljkovic, Kyrios, Mikulincer y Sar-El, 2012; Doron, Sar-El, Mikulincer y Talmor, 2012; Seah, Fasnacht y Kyrios, 2018), que entre otras cosas recuperan y valoran de manera explícita el modelo de la organización cognitiva obsesiva de Guidano y Liotti del 1983 y que ofrecen hallazgos empíricos sobre esta área organizadora del *self*, poniendo de manifiesto cómo la inseguridad del apego, tanto preocupado como distante, pueda desarrollar un papel importante de mediación entre una alta sensibilidad moral y la aparición de la sintomatología TOC. En estos contextos no es el aspecto de rigidez educativa por sí mismo el que va a determinar el riesgo psicopatológico, sino más bien la articulación de los dos ejes, es decir la manera cómo la rigidez llegue a impactar sobre la dimensión afectiva.

Un sentimiento hipertrofiado de responsabilidad moral, originado en un contexto de inseguridad en los vínculos de apego, de amenaza percibida al estado de la relación (sí, culpablemente, no me comporto de manera atenta, juiciosa y responsable), lleva a captar en el rostro del otro el desprecio y una seria amenaza de ruptura del estado de la relación. Es la mirada despectiva del progenitor la que hace imperdonable el error e intolerable el sentimiento de *culpa moral* (Tenore, 2016). En efecto, los sujetos estructurados en sentido normativo son los únicos capaces de experimentar un sentimiento de culpa auténticamente *moral*.

A este propósito resulta interesante observar que cuanto más nos alejamos de las dimensiones de significado típicas del área normativa, hacia las del área desapegada, tanto más se vuelven centrales en términos identitarios los temas típicamente “depresivos” de no amabilidad personal, y más retrocede hacia el fondo el sentimiento de culpa llamado *deontológico* o moral, con todos sus correlatos representativos, neurofisiológicos y comportamentales. Si dejamos espacio, en cambio, a una tonalidad de culpa de tipo *altruista*, que parece caracterizar en particular las configuraciones desapegadas *compulsivamente cuidadoras*, las cuales fundamentan los mecanismos de recuperación de la propia falta de amabilidad percibida y en consecuencia de la propia autoestima precisamente en el bienestar

y el cuidado del otro (Crittenden, 1997, 1999, 2008).

Desde la perspectiva de los sistemas motivacionales interpersonales, en el primer caso destacan las emociones, los contenidos representativos y las disposiciones a la acción, típicas del sistema agonístico, dado que el sentimiento de culpa moral parece tener en la base “una única familia de fines caracterizados por el respeto a las jerarquías del grupo de pertenencia, orientadas al mantenimiento del orden interpersonal” (Mancini, 2008). En el sentimiento de culpa altruista, en cambio, cobran mayor relieve identitario los fines interpersonales de tipo afectivo conectados al primer eje, es decir al operar de los sistemas motivacionales de apego-cuidado, con un dominio de pertenencia limitado habitualmente a pocas figuras de relieve afectivo para el *self*.

Si nos desplazamos desde el área de la normatividad hacia el lado opuesto del eje, al mundo de la laxitud estructural, característico de las organizaciones del sí mismo de tipo contextualizado, el sentido subjetivo de moralidad se desplaza *de la sustancia al envoltorio*, del valor interior a las apariencias. En estas organizaciones del *self* está constantemente presente la distinción interior/exterior y una capacidad increíble de manejarla con mecanismos de autoengaño muy refinados. En términos absolutos saben lo que sería “justo”, pero consiguen mantenerlo en el fondo, otorgando más relieve a preservar el envoltorio.

Villegas (2015), relata diversos casos interesantes ilustrativos de este funcionamiento, entre los cuales ciertamente el más vistoso e inquietante es el de Jean-Claude Romand, (en cuya historia se ha basado la novela y posteriormente el film, “*El adversario*” de Sarde y Garcia, 2002). Hombre, aparentemente serio y formal, padre de familia, bien integrado en el propio contexto social, asesinó en enero de 1993 a sus padres, su mujer y sus dos hijos y trató de suicidarse a continuación. Todo esto antes que se descubriera que desde los 18 años de edad su vida se basaba en un “bluf”: no se había licenciado en medicina como todo el mundo creía, ni trabajaba para la OMS en Ginebra. Mantenía un tipo vida burgués, engañando a los familiares a través de falsas inversiones. Toda su vida era un continuo cúmulo de mentiras, hasta que una relación sentimental, de nuevo, obviamente, clandestina, le puso en riesgo de derrumbar todo el falso *self* construido como un envoltorio perfecto, con el peligro de hacerlo caer en los sentimientos de vergüenza y de humillación más hirientes. El área emocional crítica central en estas estructuras de personalidad es precisamente la de la vergüenza (nunca adecuadamente reconocida, validada, articulada y expresada en estos sistemas familiares), área por tanto difícil de atravesar por parte de estas personas y de regular en la relación con el otro y, en consecuencia, objeto de constante evitación experiencial.

Se da, aquí, una actitud hacia el propio mundo interno, diametralmente opuesta respecto a los marcos identitarios de tipo normativo, para los que pensar una cosa adquiere de *per se* un carácter de realidad, es casi como haberla hecho (hasta llegar a los conocidos mecanismos de fusión pensamiento/acción). En el funcionamiento contextualizado, en cambio, *el mundo interno no alcanza valor de realidad hasta*

que no se hace público: si una cosa no llega a saberse es como si no se hubiera hecho (como si no existiese). Esto, evidentemente, tiene enormes implicaciones sobre el propio sentido subjetivo de moralidad. Al carecer de una referencia moral interna, estas estructuras pueden oscilar rápidamente entre puntos de vista diversos, en función del interlocutor más significativo del momento. Si, para los primeros, decir siempre la verdad es un *deber* (aun a costa de herir al otro, o de arriesgarse a un juicio negativo por parte de los demás), para los segundos podría ser justo no decir la verdad (o mejor todavía, calibrarla adecuadamente según el momento y el contexto) “a fin de bien”; donde “bien” según las circunstancias podría ser evitar conflictos inútiles o hirientes, hacer estar mal a alguien inútilmente, etc.

Se dan, a veces, casos interesantes en esta área de organización que curiosamente traen consigo una sensación de alivio a propósito de la muerte del propio progenitor (el que representaba para el sujeto el “pensamiento fuerte” externo, el validador autorizado de la propia experiencia interna):

“desde luego que me sabe mal por mamá... era la persona más importante para mí... pero de repente, he notado también como un suspiro de alivio... De este modo no llegará nunca a saber que soy gay...; o “que no he terminado la universidad”; o bien, “así finalmente podré separarme de mi mujer y juntarme con Franca”... mamá nunca habría estado de acuerdo”.

Organizaciones de significado personal *inward* y moralidad

Las organizaciones de significado personal *inward* (controladoras y desapegadas) tienden, en cambio, de acuerdo con su marco identitario, a vivir y, podríamos decir, a “explicarse” como “bien”, como moralmente bueno cuanto se refiere a las necesidades y fines relativos a la seguridad afectiva primaria. La “moralidad” aquí asume un valor mucho más concreto y afectivo, estrictamente conectado con las necesidades primarias de apego.

En el área *controladora*, como ya hemos indicado anteriormente, las experiencias relacionales primarias de discontinuidad llevan a enfatizar las tendencias de tipo “egocéntrico”. A veces la rabia coercitiva ejerce una función de “ansiolítico” y de gestión de los sentimientos subyacentes de abandono no reconocidos adecuadamente. En los departamentos de psicología se pueden encontrar frecuentemente pacientes o cuidadores de este tipo, enfadados con todos, con los médicos que no saben encontrar la terapia adecuada para ellos, con el personal sanitario que no está nunca lo bastante atento, con la mala suerte, etc.; donde la rabia cubre sentimientos inconfesados de miedo por el duelo anticipado. Hablando con estas personas se tiene la sensación de que para ellos enfadarse o “hacerla pagar” a alguien es visto como algo profundamente ético, casi un deber moral.

Aquí, en términos morales, el bien supremo acaba siendo la familia, los vínculos familiares, más allá de cualquier otro vínculo o regla (“injustamente”) establecido por la sociedad: “Por mi madre redactaría documentos falsos, me saltaría incluso la ley o los protocolos sanitarios”; o bien: “es absolutamente

perdonable hacerse hacer un certificado médico falso para evitar un traslado laboral indeseado al extranjero”.

En las organizaciones *desapegadas*, por el contrario, el “bien” es la autonomía, la realización personal, espabilarse solo, no molestar, no resultar un estorbo, no ser una carga para los demás, ser válidos, competentes y de valor en algún campo laboral o profesional. En otros términos, experiencias relacionales primarias de tipo distante, llevan a diluir el valor evolucionista de la relación.

Así pues, cada organización de significado personal acaba por “estirar”, por adaptar de algún modo la moral a sí mismo, en función de los propios vínculos identitarios. Y cada uno, para sus adentros, sostiene que lo que está sintiendo, pensando y haciendo representa la modalidad moralmente más congruente y adecuada. Pero si las estrategias identitarias fallaran, todos podrían declarar sentirse culpables, pero, como ya se ha dicho, con significados personales subyacentes bien diversos.

Para las estructuras de tipo obsesivo el sentimiento de culpa sería claramente de tipo *deontológico* y se tiñe emocionalmente de desprecio hacia el *self* y de sentimiento de indignidad moral.

Para las controladoras el sentimiento de culpa declarado se tiñe en realidad de miedo y de inquietantes ansias de abandono y, podríamos decir, se caracteriza como afectivamente *egoísta* (por ejemplo, “no me atrevo a marchar de casa... y dejar a mi madre sola...; no soporto verla envejecer, ¡pobrecita!”).

En las organizaciones contexto-dependientes el sentimiento de culpa es de *fachada* y se detecta primariamente con sentimientos de vergüenza, un sentimiento no de *ser*, sino de *ser visto*, *señalado*, juzgado por los demás como algo inadecuado, equivocado, etc.

En las estructuraciones *desapegadas* el sentimiento de culpa se tiñe en cambio de dolorosos sentimientos depresivos, vivencias de no amabilidad, y puede caracterizarse primariamente como *altruista* (no soporto ver que el otro este mal por mi causa) siempre que prevalgan perfiles identitarios de tipo compulsivamente cuidadores (A3), e incluso tal vez como *ontológico* (“no debería ni existir, y el mismo hecho de haber nacido es constitutivo de culpa”), en los patrones llamados inhibidos (A1-2), o incluso como *existencial* (mi vida es un fracaso total, es un desastre y por tanto no merezco vivirla), donde la configuración de identidad explícita, adecuada para compensar los sentimientos subyacentes de no amabilidad está estructurada en términos de disposición activa al esfuerzo (patrón A4). Todo ello, naturalmente, con todas las posibles estructuraciones intermedias y, por tanto, relativa complejidad y articulación emocional.

El tercer eje: niveles de integración del *self* y competencias metacognitivas

Esta articulación, sin embargo, no basta para dar cuenta de la complejidad del funcionamiento humano. ¿Qué hace que, por ejemplo, se manifieste una sensibilidad “normal” al juicio con todo el valor funcional que comporta, y no un trastorno

de ansiedad social propiamente dicho, o bien un grave mutismo selectivo en la etapa evolutiva adolescente, o un trastorno evitativo de personalidad o tal vez un brote delirante con ideas de influencia del pensamiento? La diferencia parece residir en las modalidades procesuales de elaboración de los mismos temas, conectadas a niveles diversos en las competencias autointegradoras del sí mismo, particularmente en relación a las capacidades de mentalización (o metacognitivas), en primera y en tercera persona, que el sujeto esté en condiciones de expresar (Pellecchia et al., 2018; Semerari et al., 2014). Así, se hace necesario un tercer eje ortogonal al plano descrito hasta ahora (que, por sí mismo, sea capaz de representar las derivadas clínicas del área neurótica), que introduzca este tipo de dimensionalidad y que exprese esta variabilidad en las *competencias metacognitivas* (figura 6).

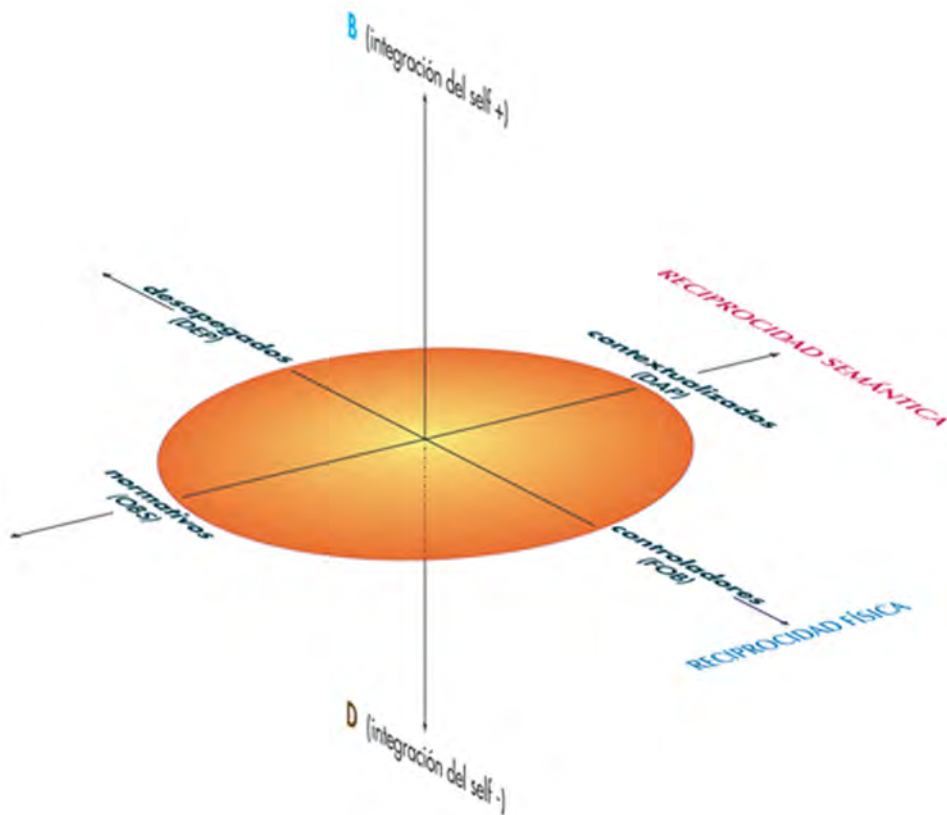


Figura 6. El tercer eje, niveles de integración del *self* y competencias metacognitivas.

La parte superior del modelo representa en sus diversos matices el tipo de elaboración llamada “normal” de las diversas dimensiones de significado. Cuanto más se desciende hacia la parte inferior y más se reducen los niveles de flexibilidad y las competencias meta-representativas del sujeto, tanto más las posibles salidas

psicopatológicas adquieren formas graves y complejas.

Las variables de la *crianza* de mayor conexión con esta dimensión son las relativas a la capacidad de *insightfulness* (Oppenheim y Koren-Karie, 2002) o *mind-mindedness* (Meins 1997, Meins et al., 2003), es decir de mentalización en tercera persona sobre el hijo representado como “agente mental”. Esta *orientación a la mente* infantil por parte del progenitor explica la capacidad del niño para comprender la mente ajena, para desarrollar una adecuada capacidad de distinguir entre apariencia y realidad, al igual que entre diferentes visiones de la realidad: en otras palabras de desarrollar unas *competencias metacognitivas* más destacadas (Allen y Fonagy, 2008; Arnot y Meins, 2007, 2008; Fonagy et al., 1995; Fonagy, Gergely, Jurist y Target, 2002; Fonagy y Target, 1997; Kaplan, 1987; Lambroschi y Lionetti, 2015; Main, 1983, 1991; Meins, Fernyhough, Russel y Clark-Carter 1998).

Desde el punto de vista de las experiencias afectivas primarias, la parte inferior del modelo representa la que se suele definir, tal vez de forma demasiado genérica, área “traumática”, el área de la desorganización del apego, es decir las condiciones relacionales primarias caracterizadas por miedo y amenaza derivadas de la misma figura de apego, en que se reducen drásticamente para el niño las posibilidades de ser tratado como “agente mental”.

En el modelo dinámico madurativo de Crittenden (1997, 1999, 2008) tales patrones extremos vienen definidos *defensivos en alto grado* por un lado y *coercitivos en alto grado* por el otro o bien A/C. Podemos, imaginar dentro y fuera el “espectro traumático” una *dimensionalidad* y una amplia diferenciación de configuraciones internas y comportamentales. Un *continuum* en los distintos niveles de peligro experimentables a los que la mente reacciona con reservas o escisiones cada vez mayores de la información cognitiva y afectiva, y por tanto con un *continuum* de posibles déficits metacognitivos.

Este es probablemente el eje más importante para el equilibrio y la adaptación del individuo, también respecto a esta dimensión específica de la que estamos hablando, esto es de la *moralidad*. Salud y equilibrio significan también realizar (y sentir emotivamente) que lo que cada uno de nosotros ha construido gradualmente como propio dominio moral *no es la verdad absoluta sino construida subjetivamente*, puede variar por contexto y condición, puede variar en el tiempo, está conectado a variables no absolutas sino a las luces y las sombras que cada uno de nosotros ha vivido a lo largo de su historia personal. En otras palabras, reconozco mi regla o la ajena como “verdadera” y fundamental para mí (para el otro), pero reconozco flexiblemente también los límites y las posibilidades de derogación (por contexto y en el tiempo).

Esto conlleva, obviamente, la capacidad de observar y explorar libremente la mente propia y la ajena, tanto en términos cognitivos como en términos emotivo/afectivos, aceptando las limitaciones intrínsecas y pudiéndose distanciar críticamente. Es a lo que se refiere Villegas (2015) al hablar de integración autónoma de los diversos niveles de construcción moral, que en la vida cotidiana se determina

frecuentemente de manera espontánea y estable, pero que tal vez para su consecución puede exigir un trabajo de tipo psicoterapéutico.

Para concluir un rápida referencia al proceso psicoterapéutico sobre la base de las consideraciones evolutivas compartidas. Podríamos decir que, en terapia, sobre el primer eje se mueve preferentemente la llamada *acceptance* (la participación empática en el sufrimiento del paciente y su legitimación incondicionada). Sobre el segundo eje se mueve, en cambio, el llamado *commitment* (el compromiso y la asunción de responsabilidad, orientada por los propios valores) y es, como decíamos, la articulación armónica de los dos ejes y de las correspondientes disposiciones cognitivas y emocionales lo que hace el equilibrio moral: no puede haber *acceptance* genuina sin *commitment* y viceversa. Por otra parte, ambos se hacen viables para el sujeto, solo a través de descubrir y compartir en terapia su conjunto específico y original de reglas y criterios morales, bien definidos en su historia y dentro de su marco identitario. Sobre el tercer eje se mueve, finalmente, la promoción de la *conciencia*, encarnada en el desarrollo de nuevas y más profundas competencias metacognitivas y reflexivas del sí mismo, capaces de volver el propio sentir moral más relativo y, en consecuencia, más compasivo.

Notas

- 1 Como veremos más adelante, al hablar del tercer eje diagnóstico explicativo, ambos modelos de protección y cuidado pueden, obviamente, expresarse con distinta intensidad y connotarse con grados diversos de peligro y potencial amenaza, derivada de la misma figura de apego (fría amenaza, o peligrosa discontinuidad) (Crittenden, 1997, 1999, 2008).
- 2 Prometeo es una figura mitológica griega, un titán amigo de la humanidad y del progreso. ¿En qué consistió su error? Al dar al ser humano, inerte, el fuego y el poder de la técnica derivada de ella, cometió el error de no tomar en cuenta que el hombre (a diferencia de las otras especies animales) no posee un mecanismo “natural” capaz de regular de forma espontánea la conducta y de garantizar simultáneamente la supervivencia psicofísica y la convivencia social. Como ser social, el hombre necesita un orden convencional que se debe ir interiorizando gradualmente a través del desarrollo de la conciencia moral (Villegas, 2011).

Referencias bibliográficas

- Allen, J. G. y Fonagy, P. (2008). *La mentalizzazione: psicopatologia e trattamento*. Bologna: Italia: Il Mulino.
- Arnott, B. y Meins, E. (2008). Continuity in mind-mindedness from pregnancy to the first year of life. *Infant Behav. Dev.*, 31(4), 647-654. <https://doi.org/10.1016/j.infbeh.2008.07.001>
- Arnott, B. y Meins, E. (2007). *Links among antenatal attachment representations, postnatal mind-mindedness, and infant attachment security: A preliminary study of mothers and fathers*. Bulletin of the Menninger Clinic, 71(2), 132-149. <http://dx.doi.org/10.1521/bumc.2007.71.2.132>
- Arciero, G. (2002). *Studi e dialoghi sull'identità personale*. Turín, Italia: Bollati Boringhieri.
- Arciero, G. (2006). *Sulle tracce di sé*. Turín, Italia: Bollati Boringhieri.
- Arciero, G. y Bondolfi, G. (2009). *Selfhood, Identity and Personality Styles*. Chichester, Reino Unido: Wiley.
- Crittenden, P. M. (1992). Quality of Attachment in the Preschool Years. *Dev. Psychopathol.*, 4, 209-241. <https://doi.org/10.1017/S095457940000110>
- Crittenden, P. M. (1997). *Pericolo, sviluppo e adattamento*. Milán, Italia: Masson.

- Crittenden, P. M. (1999). *Attaccamento in età adulta: l'approccio dinamico maturativo all'Adult Attachment Interview*. Milán, Italia: Cortina.
- Crittenden, P. M. (2008). *Il modello dinamico-maturativo dell'attaccamento*. Milán, Italia: Cortina.
- Crittenden, P. M. y Landini, A. (2011). *Assessing Adult Attachment: A Dynamic-Maturational Approach to Discourse Analysis*. Nueva York, NY: Norton.
- Doron, G. y Kyrios, M. (2005). Obsessive Compulsive Disorder: A review of possible specific internal representations within a broader cognitive theory. *Clinical Psychology Review*, 25(4), 415-432. <https://doi.org/10.1016/j.cpr.2005.02.002>
- Doron, G., Moulding, R., Kyrios, M. y Nedeljkovic, M. (2008). Sensitivity of self beliefs in Obsessive Compulsive Disorder. *Depression and Anxiety*, 25, 874-884. <https://doi.org/10.1002/da.20369>
- Doron, G., Moulding, R., Kyrios, M., Nedeljkovic, M. y Mikulincer, M. (2009). Adult attachment insecurities are related to obsessive compulsive phenomena. *Journal of Social and Clinical Psychology*, 28(8), 1022-1049. <https://doi.org/10.1521/jscp.2009.28.8.1022>
- Doron, G., Moulding, R., Nedeljkovic, M., Kyrios, M., Mikulincer, M. y Sar-El, D. (2012). Adult attachment insecurities are associated with obsessive compulsive disorder. *Psychology and Psychotherapy: Theory, Research and Practice*, 85(2), 163- 178. <https://doi.org/10.1111/j.2044-8341.2011.02028.x>
- Doron, G., Sar-El, D., Mikulincer, M. y Talmor, D. (2012). Experimentally-enhanced attachment security influences obsessive compulsive related washing tendencies in a non-clinical sample. *Electronic Journal of Applied Psychology*, 8(1), 1-8.
- Fonagy, P. y Target, M. (1977). Attachment and Reflective Function: Their Role in Self-Organization. *Development and Psychopathology*, 9(4), 679-700. <https://doi.org/10.1017/S0954579497001399>
- Fonagy, P., Steele, M., Steele, H., Leigh, T., Kennedy, R., Mattoon, G. y Target, M. (1995). Attachment, the reflective self, and borderline states: The predictive specificity of the Adult Attachment Interview and pathological emotional development. En S. Goldberg, R. Muir y J. Kerr (Eds.), *Attachment theory: Social, developmental, and clinical perspectives* (pp. 233-278). Hillsdale, NJ: Analytic Press, Inc.
- Fonagy, P., Gergely, G., Jurist, E. L. y Target, M. (2002). *Regolazione affettiva, mentalizzazione e sviluppo di sé*. Milán, Italia: Raffaello Cortina.
- Guidano, V. F. (1987). *Complexity of the Self*. Nueva York, NY: Guilford.
- Guidano, V. F. (1991). *The Self in Process: toward a Post-Rationalist Cognitive Therapy*. Nueva York, NY: Guilford.
- Guidano, V. F. y Liotti, G. (1983). *Cognitive Processes and Emotional Disorders*. Nueva York, NY: Guilford.
- Hill, D. (2015). *Affect Regulation Theory: a clinical model*. Nueva York, NY: Norton.
- Juffer, F., Bakermans-Kranenburg, M. J. y van Ijzendoorn, M. H. (2008). *Promoting Positive Parenting: An attachment based intervention*. Nueva York, NY: Psychology.
- Juffer, F., Bakermans-Kranenburg, M. J. y van Ijzendoorn, M. H. (2014). Attachment-based interventions: Sensitive parenting is the key to positive parent-child relationships. En P. Holmes y S. Farnfield (Eds.), *The Routledge Handbook of Attachment: Implications and Interventions* (pp.83-103). Londres, Reino Unido: Routledge.
- Kaplan, N. (1987). *Individual Differences in Six-Year-Olds' Thoughts about Separation: Predicted from Attachment to Mother at One Year of Age* (Tesis doctoral, Berkeley, Universidad de California). Recuperado de la base de datos de ProQuest Information y Learning <https://bit.ly/2xqSK7q>
- Kochanska, G. y Kim, S. (2012). Toward a new understanding of legacy of early attachments for future antisocial trajectories: evidence from two longitudinal studies. *Developmental Psychopathology*, 24, 783-806. <https://doi.org/10.1017/S0954579412000375>
- Lambruschi, F. (1996). *Il bambino*. En B. Bara (Ed.), *Manuale di psicoterapia cognitiva* (pp.406-445), Turin, Italia: Bollati Boringhieri.
- Lambruschi, F. (2018). Un modello a tre assi di concettualizzazione del caso in un'ottica costruttivista, evolutiva e interpersonale. *Cognitivismo Clinico*, 15(2), 145-159. Recuperado de: <https://bit.ly/2ROYkKr>
- Lambruschi, F. y Lenzi, S. (2014). Sviluppo del modello clinico cognitivista in età evolutiva. En F. Lambruschi (ed.), *Psicoterapia Cognitiva dell'Età Evolutiva: Procedure d'Assessment e Strategie Psicoterapeutiche*. Turin, Italia: Bollati Boringhieri.
- Lambruschi, F. y Lionetti, F. (2015). Genitorialità: tra valutazione, sostegno e buone prassi. En F. Lambruschi y F. Lionetti (Eds.), *La Genitorialità: Strumenti di Valutazione e Interventi di Sostegno*(pp.xx). Roma, Italia: Carocci Editore.
- Lambruschi, F. y Muratori, P. (2013). *Psicopatologia e psicoterapia dei disturbi della condotta*. Roma, Italia: Carocci Editore.

- Liotti, G. (1994). *La dimensione interpersonale della coscienza*. Roma, Italia: La Nuova Italia Scientifica.
- Liotti, G. (2001). *Le opere della coscienza*. Milán, Italia: Cortina.
- Liotti, G. y Farina, B. (2011). *Sviluppi Traumatici: Eziopatogenesi, clinica e terapia della dimensione dissociativa*. Milán, Italia: Cortina.
- Liotti, G. y Monticelli, F. (2008). *I sistemi motivazionali nel dialogo clinico*. Milán, Italia: Cortina.
- Liotti, G. y Monticelli, F. (2014). *Teoria e clinica dell'alleanza terapeutica*. Milán, Italia: Cortina.
- Lyons-Ruth, K. (1998). Implicit relational knowing: Its role in development and psychoanalytic treatment. *Infant Mental Health Journal*, 19, 282-289. <https://bit.ly/2S7Cm5p>
- Main, M. (1983). Exploration, Play and Cognitive Functioning as Related to Child-Mother Attachment. *Inf. Behav. Dev.*, 6, 167-74.
- Main, M. (1991). Metacognitive Knowledge, Metacognitive Monitoring, And Singular (Coherent) Vs. Multiple (Incoherent) Model Of Attachment: Findings And Directions For Future Research. En C. M. Parkers, P. Marris y J. Stevenson-Hinde *Attachment across the life cycle* (pp. 127-159). Londres, Reino Unido: Routledge.
- Mancini, F. (2008). I sensi di colpa altruistico e deontologico. *Cognitivismo Clinico*, 5(2), 123-144.
- Meins, E. (1997). *Sicurezza e Sviluppo Sociale della Conoscenza*. Milán, Italia: Cortina.
- Meins, E., Fernyhough, C., Wainwright, R. Clark-Carter, D. Gupta, M. D., Fradley, E. y Tuckey, M. (2003). Pathways to understanding mind: Construct validity and predictive validity of maternal mind-mindedness. *Child Development*, 74(4), 1194-1211. <https://doi.org/10.1111/1467-8624.00601>
- Meins, E., Fernyhough, C., Russel, J. y Clark-Carter, D. (1998). Security of attachment as a predictor of symbolic and mentalising abilities: a longitudinal study. *Social development*, 7(1), 1-24. <https://bit.ly/2LblaE>
- Nardi, B. (2007). *Costruirsi: sviluppo e adattamento del Sé nella normalità e nella patologia*. Milán, Italia: Franco Angeli.
- Nardi, B. (2013). *La coscienza di sé: origine del significato personale*. Milán, Italia: Franco Angeli.
- Nardi, B. (2017). *Organizzazioni di Personalità: normalità e patologia psichica*. Ancona, Italia: Accademia dei Cognitivi della Marca.
- Oppenheim, D. y Koren-Karie, N. (2002). Mothers' Insightfulness Regarding Their Children's Internal Worlds: The Capacity Underlying Secure Child-Mother Relationship. *Infant Mental Health Journal*, 23, 593-605. <http://dx.doi.org/10.1002/imhj.10035>
- Pellecchia, G., Moroni, F., Colle, L., Semerari, A., Carcione, A., Fera, T., Fiore, D., Nicolò, G., Pedone, R. y Procacci, M. (2018). Avoidant personality disorder and social phobia: Does mindreading make the difference? *Comprehensive Psychiatry*, 80, 163-169. <https://doi.org/10.1016/j.comppsy.2017.09.011>
- Reda, M. A. (1986). *Sistemi cognitivi complessi e psicoterapia*. Roma, Italia: La Nuova Italia Scientifica.
- Sarde, A. (Productor) y Garcia, N. (Director). (2002). *El adversario*. París, Francia: Vértigo.
- Seah, R., Fassnacht, D. y Kyrios, M. (2018). Attachment anxiety and self-ambivalence as vulnerabilities toward Obsessive Compulsive Disorder. *Journal of Obsessive-Compulsive and Related Disorders*, 18, 40-46. <https://doi.org/10.1016/j.jocrd.2018.06.002>
- Semerari, A. (1999). *Psicoterapia cognitiva del paziente grave*. Milán, Italia: Cortina.
- Semerari, A., Colle, L., Pellecchia, G., Buccione, I., Carcione, A., Dimaggio, G., Nicolò, G., Procacci, M. y Pedone, R. (2014). Metacognitive Dysfunctions in personality disorders: correlations with disorders severity and personality styles. *Journal of Personality Disorders*, 28(6), 751-766. <https://bit.ly/2xCFEnN>
- Tenore, K. (2016). Il lavoro sulla vulnerabilità storica. En F. Mancini (Ed.), *La mente ossessiva: curare il disturbo ossessivo compulsivo* (pp. 199-218). Milán, Italia: Cortina.
- Turiel, E. (1984). *The developemnt of social knowledge: morality and convention*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge.
- Villegas, M. (2011). *El error de Prometeo: psico(pato)logia del desarrollo moral*. Barcelona, España: Herder Editorial.
- Villegas, M. (2013). *Prometeo en el divan: psicoterapia del desarrollo moral*. Barcelona, España: Herder.
- Villegas, M. (2015). *El Proceso de convertirse en persona autónoma*. Barcelona, España: Herder.